

das, &c., añadiendo bajo el epigrafe de: "*Panorama del mundo*," una serie de artículos que den idea de las maravillas de la naturaleza y del arte, dignas de llegar al conocimiento de todos. En cuanto á las litografías, siempre que nos sea posible publicaremos dos y hasta tres en cada número; pero cuando menos, contendrá cada cuaderno, como hasta aquí, una estampa y algún grabado. Respecto á la parte tipográfica, recibirá también mejoras, con la adquisición de buen papel y de una nueva prensa mecánica que está para llegar á esta imprenta, y que da los mejores resultados.

Si para esto contáramos solo con nuestras propias fuerzas, la empresa era por cierto demasiado árdua; pero afortunadamente multitud de amigos interesados en que se continúe la publicación del periódico, nos han ofrecido remitirnos sus trabajos; así el público verá también las producciones poéticas, científicas y literarias de los Sres. Bustamantes, Tornel, Velazquez de Leon, Tagle, Cortina, Bolaños, Sierra y Rosso, Pesado, Estevas, Miron, y otros á quienes aprovechando esta oportunidad, les damos las mas expresivas gracias por la parte que han tomado en ilustrar las columnas del *MUSEO*.¹ Divertir, proporcionar la instruccion, y reunir cuantos datos y noticias se puedan, sobre los monumentos, literatura é historia de México, éste ha sido nuestro objeto desde que se comenzó á publicar esta Miscelánea. Así continuaremos, y el periódico no decaerá, ni perderá ese carácter ameno y variado, necesario para su conservacion y para corresponder dignamente á la confianza de los que nos hacen el favor de ocuparse de leer nuestras producciones. Tenemos derecho á que la indulgencia de nuestros suscritores nos considere sinceramente interesados en mejorar cada vez mas una publicación que ha sido tan bondadosamente acogida; pues nuestro amor propio y nuestra gratitud están altamente comprometidos en ello.

Redactores.

EL POETA VENANTIUS FORTUNATUS Y SANTA RADEGUNDA.

NARRACIONES DE LOS TIEMPOS MEROVINGIANOS, POR AGUSTIN THIERRY. (*)

(Años de 530 á 580.)

Nacido en las cercanías de Trevisa, y educado en Ravenna, Fortunato habia venido á la Gaula para cumplir un voto piadoso en la tumba de San Martin; mas como encontrase diversiones de todo género, no se apresuró mucho á terminar la devota peregrinacion. Despues de haberla concluido en Tours continuó su paseo de ciudad en ciudad, siendo en todas partes acogido y apreciado por los hombres ricos y de alto rango que se la daban todavia de cortesanos y de elegantes. De Mayencia á Burdeos, y de Tolosa á Colonia, recorría la Gaula, visitando en su tránsito á los obispos, á los condes, y á los duques, ya fuesen de origen franco ó gaulo, y encontrando en la mayor parte de ellos, obsequiosos, huéspedes, y verdaderos amigos.

Cuando los dejaba despues de una mansion mas ó menos larga, en su palacio episcopal, casa de campo ó castillo, los invitaba á seguir una correspondencia, y contestaba sus cartas con trozos de poesia elegiaca, donde consignaba los recuerdos ó incidentes de su viaje. Hablaba á cada uno de las bellezas naturales ó de los monumentos de su país, describía los sitios pintorescos, los rios, los bosques, la cultura de las campiñas, la riqueza de las iglesias, y la hermosura de las casas de campo. Estas pinturas algunas veces demasiado verídicas, y otras enfiáticas y escogidas, estaban mezcladas de cumplimientos y adulaciones. El flexible talento del poeta ponderaba entre los señores francos, el aipe de bondad, la hospitalidad, y la perfeccion en conversar en lengua latina; y entre los nobles galo-romanos, la habilidad política, la finura, la ciencia de los negocios y del derecho. Al celo

de la piedad de los obispos y de su celo por construir y consagrar nuevas iglesias, uno lo alababa de los trabajos administrativos dedicados á la prosperidad, ornato y seguridad de las ciudades. A uno lo elogiaba por haber restaurado un pórtico, unos baños, ú otro edificio antiguo de ese género; al otro por haber desviado el curso de un rio y escavado canales, y á un tercero por haber edificado una ciudadela guarnecida de torres y de máquinas de guerra. Es menester confesar que todo esto estaba marcado con el signo de la estremada decadencia literaria, escrito en un estilo á la vez que ampollado y desaliado, lleno de incorrecciones y de frases pueriles, mas abstraccion hecha de esto, es demasiado interesante el contemplar que á la aparicion de Fortunato en la Gaula, destellase una última luz de vida intelectual, y que este extranjero fuese el lazo comun de los que en medio de un mundo que declinaba á la barbarie, conservaban aisladamente el amor á las letras y á los placeres del entendimiento. De todas sus amistades la mas viva y la mas durable, fue la que lo ligó con una muger, con Radegunda, una de las esposas del rey Clotario I, retirada entonces en Poitiers en un monasterio que ella fundó, y donde habia tomado el velo como simple religiosa.

En el año de 529, Clotario, rey de Neustria (1), se habia unido en clase de auxiliar de su herma-

(1) La Francia, bajo la dominacion de los bárbaros, se dividió en cuatro porciones; cada una de las cuales fué dada en patrimonio á los hijos de Clother. Una de estas partes, ó por mejor decir, el mediador de la Francia se llamaba Neustria.—EJ T.

(*) Este trozo que presentamos á nuestros suscritores, traducido de las obras del inmortal autor de "Conquista de Inglaterra por los normandos," da una idea del fluido y agradable estilo del historiador, y presenta un curioso cuadro de las costumbres dulces y tranquilas, que la religion católica proporcionaba en medio de las escenas sangrientas que diariamente asediaban durante el dominio de los reyes francos y gaulos en la Francia. Los lectores encontrarán tanto agrado en leer esta narracion, que nos permitirán bien el haberles dado tantas páginas traducidas, y se admirarán al reflexionar, que despues de mil doscientos años que han trascurrido, desde la fundacion del monasterio de Poitiers, y al traves de tantas modificaciones como ha recibido la civilizacion, las costumbres sencillas de los monasterios de religiosos son casi las mismas. Al leer la descripcion de la vida de las monjes de Poitiers, salvo algunas excepciones, se cree que se hablaba de algun convento de México. Suplicamos á los suscritores que lean esta narracion de historia, confiados en que no les disgustará.—EJ T.

no Teodorico, que marchaba contra los turin-gianos, pueblo de la confederación sajona, veci-no y enemigo de los francos de Austrasia. Los turin-gianos perdieron varias batallas; los mas valientes de sus guerreros fueron destruidos en las riberas del Unstrut; su país destruido por el fuego y el acero, fué hecho tributario de los francos, y los reyes vencedores se repartieron por mitad el botín y los prisioneros. En la parte que tocó al rey de Neustria, fueron incluso dos muchachos de raza real, el hijo y la hija de Berther, ante-penúltimo rey de los torin-gianos. La muchacha (era Radegunda), tenía apenas ocho años; mas su gracia y su temprana hermosa profusión tal impresion en la alma sensual del príncipe franco, que resolvió educarla a sus expensas, para que llegado el día fuese una de sus mugeres.

Radegunda fué educada con esmero en una de las casas reales de Neustria, situada en el dominio de Aties sobre la *Somme*. Por un capricho de su señor y esposo futuro, digno de alabanza, recibió, no la simple educación que se daba á las muchachas de raza germánica, que consistía en hilar y seguir la caza á galope, sino la refinada crianza de las señoritas de origen gaulo. Además de los elegantes trabajos de una muger civilizada, se le hizo emprender el estudio de las letras romanas, la lectura de los poetas profanos y de los escritores eclesiásticos. Sea que su inteligencia estuviese dispuesta á recibir las impresiones delicadas: sea que el recuerdo de su país y de su familia, y las escenas de la vida bárbara que habia presenciado, la predispusiesen á la tristeza, ó sea en fin, que los libros le abriesen un mundo ideal mejor que el que le rodeaba, el caso es, que se entregó apasionadamente á la lectura. Cuando leía la Escritura y las vidas de los santos, lloraba y deseaba el martirio, y probablemente pensamientos menos sombríos y ensueños de paz y de libertad acompañaban á sus otras lecturas; pero el entusiasmo religioso que entonces absorbía lo que hay de mas noble y de mas generoso en las facultades humanas, dominó en breve á la joven bárbara, que apégandose á las ideas y las costumbres de la civilización, la abrazó en su tipo mas puro y mas delicado, que era la vida cristiana.

Desviando mas y mas su pensamiento de los hombres, y de los acontecimientos de ese siglo de brutalidad y de violencia, vió acercarse con terror la edad nublada, y el momento en que debia ser la muger del rey que la tenia cautiva. Cuando se dió el orden de conducirla á la residencia real para la celebración del matrimonio, estrañada por un sentimiento de repugnancia invencible, se puso en fuga; pero se le alcanzó y se le condujo á Soissons, donde casada con

el rey vino á ser reina, ó mas bien una de las reinas de los francos neustrios, porque Clotario, fiel á las costumbres de la antigua Germania, no se contentaba con solo una esposa, aunque tuviera tambien varias concubinas.

El poder y las riquezas no podían disminuir los disgustos que siguieron á esta union forzada del rey bárbaro con una muger, cuyo templo de alma se habia fortificado con la educación, y la cual tenia perfecciones morales que la separaban para siempre de su esposo.

Para evitarse al menos los deberes de su estado, Radegunda se imponía otros mas rigurosos en la apariencia, y consagraba todos sus ratos de ocio á hacer obras de beneficencia ó actos de austeridad cristiana, dedicándose personalmente á la asistencia de los pobres y enfermos. La casa real de Aties, donde habia sido criada, y que se le adjudicó como regalo de boda, se convirtió en hospital para las mugeres indigentes. Uno de los pasatiempos de la reina era, el de ir á este lugar frecuentemente, no para hacer simples visitas, sino para desempeñar el oficio de enfermera en todos sus ramos, aun los mas minuciosos y repugnantes. Los festines de la corte de Neustria, los ruidosos banquetes, las cenas peligrosas, las revistas, las justas de los guerreros, y la sociedad de los vasallos de talento inculdo y de áspera voz, la fatigaban y la ponían triste, mas si llegaba algun obispo ó algun clérigo, letrado y poltico, hombre de paz, de afluente trato y sabrosa conversación, en el momento abandonaba cualquier otra compañía por la suya, y permanecía enagenada horas enteras. Cuando llegaba el momento en que su visita se retiraba, le colmaba de regalos en señal de recuerdo, le decia mil veces adios, y volvía á caer en su habitual tristeza.

Siempre dilataba cuanto era posible la hora de comer, y sea por olvido ó de intento, permanecía absorbida en sus meditaciones ó en sus ejercicios de piedad. Era, pues, necesario llamarla muchas veces, y el rey fastidiado de aguardarla le hacia frecuentes reconvenções, sin lograr por esto que fuese mas puntual y exacta. En la noche pretestaba cualquier cosa, se levantaba de la cama y se acostaba en el suelo sobre una piel ó un cilicio, y no volvía al lecho conyugal sino ensangrentada y transida de frío, asociando así de una manera singular las mortificaciones cristianas á los sentimientos de aversión que experimentaba por su marido. Tantos signos de disgusto no resistían el amor del rey de Neustria, el que no era hombre capaz de formar delicados escrúpulos. Con tal que la muger cuya hermosura le deleitaba permaneciese en su posesión, no le importaban nada las violencias morales que le habia sufrido. La repugnancia de Radegunda le impacientaba sin

causarle un verdadero sufrimiento, y en sus alternativas conyugales se limitaba á decir: "tengo una mozoala y no una reina."

En efecto, para esta alma hostigada por todos los lazos que la ataban con el mundo, no quedaba mas que un solo refugio: la vida del claustro. Radegunda aspiraba á esto con todo su corazón; mas los obstáculos eran tan insuperables, que trascurrieron seis años ántes que se atreviese á arrostrarlos. Una última desgracia de familia le inspiró el valor necesario. Su hermano, que se habia criado en la corte de Neustria, fué condenado á muerte por orden del rey, acaso por algunos proyectos patrióticos, ó por algunas inconsideradas y amenazantes espresiones. En cuanto la reina supo tan horrible noticia, se afirmó en su resolución; pero le pareció prudente disimularla. Fingiendo buscar solamente algunos consuelos religiosos; pero pensando en el fondo encontrar un hombre capaz de ser su libertador, se dirigió á Noyon, cerca del obispo Medard, hijo de un franco y de una romana, personage célebre en toda la Gaula á causa de su reputación de santidad. Como Clotario no concibió la menor sospecha, lejos de impedir á la reina esta piadosa expedición, el mismo dispuso el viage, porque las lágrimas de Radegunda lo importunaban y deseaba verla mas tranquila y de un humor menos sombrío.

Radegunda encontró al obispo de Noyon oficiando en el altar. En cuanto se vió en su presencia, los sentimientos que la agitaban y que hasta entonces habia reprimido, se eschalaron, y sus primeras palabras fueron un grito de dolor. "Santo padre, dijo, desco abandonan el siglo y cambiar de traje. Te suplico, santo obispo, que me consagres al servicio del Señor." A pesar de la intrepidez de su fe y de su ardiente fervor, el obispo, sorprendido de esta brusca petición, titubeó y pidió el tiempo necesario para reflexionar. En efecto, se trataba nada menos que de romper un matrimonio real, celebrado segun la ley sálica y conforme á las costumbres germánicas, costumbres que la Iglesia respetaba; pero que toleraba por temor de enagenarse la voluntad de los bárbaros.

A esta lucha interior entre la prudencia y el zelo, se reunió otro motivo mas poderoso que puso á San Medardo en el caso de sostener un combate de otro género. Los señores y los guerreros francos que habian seguido á la reina, la rodearon exclamando con gritos amenazantes: "No te atrevas á dar el velo á una muger que se halla unida con el rey. Sacerdote, guárdate bien de arrebatar al príncipe una reina con quien se ha casado solemnemente." Los mas furiosos puñieron las manos sobre el obispo, y lo arrastraron desde las gradas del altar hasta la mitad de

la nave, en tanto que la reina asustada del tumulto, buscaba en union de sus damas un refugio en la sacristía; mas en este lugar, recogiendo su espíritu en vez de entregarse á la desesperación, concibió un expediente en el que la astucia femenil tenia tanta parte como la fuerza irresistible de la voluntad. Para tentar de la manera mas fuerte y poner á prueba el zelo religioso del obispo, se puso sobre sus vestidos reales un sayal de religiosos, y se adelantó así revestida hasta el santuario donde San Medardo se hallaba sentado, triste, pensativo é irresoluto. "Si tú tardas en consagrarme, le dijo con una voz firme, y temes mas á los hombres que á Dios, tendrás que darle cuenta, y el pastor te hará cargo de la oveja descarriada." Este espectáculo imprevisto, y estas palabras misteriosas, hirieron la imaginación del anciano obispo, y reanimaron súbitamente su desfallecida voluntad. Haciendo superior su conciencia de sacerdote á todos los temores humanos y á las consideraciones políticas, no titubeó, y de propia autoridad disolvió el matrimonio, consagrando de novicia á Radegunda. Los señores y los vasallos francos, participaron de esta fascinación, y no se atrevieron á conducir por fuerza á la residencia real, á la que tenia para ellos el noble carácter de reina y de muger consagrada á Dios.

El primer pensamiento de la convertida (esta era la palabra con que se designaba entonces á las que renunciaban al mundo), fué despojarse de todos los adornos y joyas preciosas con que estaba adornada. Deposó sobre el altar los adornos de la cabeza, sus brazaletes, sus broches de piedras, sus bordados de oro y de púrpura: rompió ella misma su rico cinturón de oro macizo y lo dió á los pobres; después pensó ponerse al abrigo de todo peligro, emprendiendo una pronta fuga. Libre de escoger el camino, se dirigió hacia el Mediodía, alejándose del centro de la dominación franca, por su propia seguridad; ó acaso mas bien guiada del delicado instinto que la conducía hacia las regiones de la Gaula, donde la barbarie habia hecho menos destrozos. Así, pues, se dirigió á la ciudad de Orleans, se embarcó en la Loire, y descendió hasta Tours. Allí hizo alto para aguardar, bajo la salvaguardia de los numerosos asilos que habia cerca de la tumba de San Martín, lo que decidiera el esposo á quien ella habia abandonado. Pasó algun tiempo la vida inquieta y agitada, de los proscritos refugiados á la sombra de las basílicas, temblando de miedo de ser sorprendida si daba un paso fuera del recinto protector, y enviando al rey cartas, ya altaneras, ya suplicantes, y negociando por medio de los arzobispos el que se resignase á no verla mas, y le permitiese cumplir sus votos monásticos.

Clotario se mostró al principio sordo á las súplicas y á las amonestaciones; reclamaba sus derechos de esposo, apoyándose en la ley dada por sus antecesores, y amenazaba á la fugitiva, prometiéndole que marcharía personalmente á apoderarse de ella. Herida de terror, cuando la voz pública ó las cartas de sus amigos le comunicaban semejantes noticias, Radegunda redbolaba entonces la austeridad de su vida, y pasaba el tiempo entre la vigilia, el ayuno, las maceraciones por medio de la disciplina ó el cilicio, con el doble fin de obtener la asistencia del Señor, y perder el resto de hermosura que impulsaba á Clotario á perseguirla con su amor. El rey sin embargo no se desanimó, y una vez vino hasta Tours bajo un falso pretexto de devoción; mas las energías amonestaciones de San German, el ilustre obispo de Paris, le impidieron ir mas adelante. Encadenado por decirlo así, por el poder moral, contra el cual se había estrellado mas de una vez la fogosa voluntad de los reyes bárbaros consintió mas á fuerza que de grado, que la hija de los reyes furinginos fundase en Poitiers un monasterio de mugeres, á imitación de lo quehabia hecho en Arles una matrona gallo-romana llamada Cesaria, hermana del obispo Cesarius ó San Cesario.

Todo lo que Radegunda habia recibido de su marido segun la costumbre germánica, por dote y regalo de mañana, fué dedicado al establecimiento de la congregacion, que debia proporcionarle una familia de su eleccion en reemplazo de la que habia perdido por los desastres de la conquista, y por la tiranía inaudita de los vencedores de su pais. Sobre un terreno que poseía en las puertas de la ciudad de Poitiers, hizo cavar los cimientos del nuevo monasterio, que serviría de asilo á todas las que quisiesen por medio del retiro evitar las seducciones humanas y las invasiones de la barbarie. A pesar de la actividad de la reina, y de los ausilios de Plentius, obispo de Poitiers, trascurrieron muchos años antes que el edificio se acabase; era una quinta romana con todos sus departamentos, oficinas, jardines, pórticos, salas de baños, y una iglesia. Sea por un pensamiento simbólico, sea por una precaucion de seguridad material contra la violencia de los tiempos, el arquitecto habia dado un aspecto militar al recinto exterior de este pacífico asilo de las mugeres. Las paredes eran altas y fuertes á guisa de murallas ó parapetos, y varios torresones se elevaban en la fachada. Estos preparativos, un tanto cuanto extraños, hirieron la imaginacion, y el anuncio de su progreso corría tan velozmente como una gran noticia. "Ve, se decía, en el lenguaje místico de la época, ve la arca que se construye cerca de nosotros contra

el diluvio de las pasiones, y contra las tempestades del mundo."

El dia en que todo estuvo listo, y que la reina entró en ese refugio, de donde conforme á sus votos, solo debia salir muerta, fué un dia de fiesta y de gozo popular. Las plazas y las calles por donde debia pasar, estaban inundadas de multitud de gente; las puertas, ventanas y azoteas estaban igualmente llenas de espectadores, ansiosos de verla pasar, ó siquiera de ver cerrarse detras de ella las puertas del monasterio. Recorrió á pié todo el camino, acompañada de multitud de doncellas que debian participar de su reclusion, atraídas cerca de ella por el renombre de sus virtudes cristianas, y acaso tambien por el brillo de su rango. La mayor parte eran de raza gaula, hijas de senadores y á propósito para llenar las piadosas intenciones de su directora, por el hábito que tenían de gozar de una paz y tranquilidad doméstica inalterables, en vez que las mugeres de raza franca conservaban aún en la austeridad del claustro, alguna cosa de los vicios originales de la barbarie. Su zelo era ardiente, pero poco durable; incapaces de guardar ni regla ni medida, pasaban bruscamente de una rigidez intratable, al mas completo olvido de todo deber y de toda subordinacion.

Fué el año de 550 cuando comenzó para Radegunda la vida de retiro y de paz que tan largo tiempo habia deseado. Segun sus ensueños y fantasías, esta vida era un término medio entre la austeridad del claustro y las costumbres voluptuosas y elegantes de la sociedad civilizada. El estudio de las letras figuraba en primer lugar entre las ocupaciones impuestas á la comunidad. Se debian consagrar á esto dos horas diarias, y el resto del tiempo se dedicaba á los ejercicios religiosos, á la lectura de los libros sagrados, y á trabajos propios del sexo femenino. Una de las hermanas leía en alta voz mientras trabajaba la comunidad, y las mas inteligentes en vez de hilar, de coser ó de bordar, se ocupaban en otra sala en copiar los libros para multiplicar los ejemplares. Muy severa la regla en ciertos puntos, como por ejemplo, en la abstencion de carne y de vino, permitia no solo algunas comodidades, sino hasta ciertos placeres de la vida: el uso frecuente de los baños en vastas piscinas de agua tibia, y las diversiones de toda especie, entre las que se contaba el juego de dados, eran permitidas. La fundadora y preladas del convento, recibian en su compañía no solamente á los obispos y á los miembros del clero, sino aun á los laicos de alto nacimiento ó distinguida posicion social. Una suntuosa mesa se hallaba casi siempre puesta para obsequiar á los amigos y visitas; se les servian viandas delicadas, y algunas veces eran

unos verdaderos banquetes, en los cuales presidia la reina Radegunda por política, bien que nunca probaba un bocado. Esta necesidad de compañía y de sociabilidad, hacia que concurrieran al convento reuniones de otro género, y en ciertas épocas se representaban funciones dramáticas, en las cuales disfrazadas con brillantes trages, figuraban en primera linea algunas muchachas de la ciudad, y probablemente tambien algunas novicias del convento. Tal fué el orden que estableció Radegunda en el monasterio de Poitiers, mezclando sus inclinaciones personales á la tradicion conservada despues de un medio siglo en el convento de Arles. Despues de haber trazado, por decirlo así, el camino que debia seguirse, sea por humildad cristiana, sea por un paso de alta política, abdió toda autoridad oficial, é hizo que la comunidad eligiera otra abadesa, que, sea dicho de paso, no tardó, así como todas las hermanas, en someterse á la voluntad de la reina. Escogió para la dignidad de abadesa, á una muger llamada Ines, procedente de raza gaula, y la cual mas jóven y sencilla, le era muy adicta desde la infancia. Descendida voluntariamente al simple rango de religiosa, Radegunda hacia su semana de cocina, aseaba la casa y acarrecba agua y leña como las demas; pero á pesar de esta aparente igualdad, era siempre la reina en el convento, por el prestigio de su nacimiento real, por su título de fundadora, y por el ascendiente que sobre las demas le daban su talento, su saber y su bondad. Era ella la que conservaba la regla ó la modificaba á su voluntad, la que por medio de diarias eshortaciones, fortificaba á las almas débiles y vacilantes en el camino de la virtud, la que comentaba y esplicaba á las novicias jóvenes el texto de las Santas Escrituras, mezclando graves homilias y saludables advertencias llenas de una gracia y de una ternura verdaderamente femenina. "Vosotras, hijas mías, sois mis escogidas y mis plantas tiernas, el objeto de todos mis cuidados, mis ojos, mi vida, mi reposo, mi única y verdadera dicha..."

Hacia como quince años que se hallaba establecido el monasterio de Poitiers, y llamaba mucho la atencion del mundo cristiano, cuando Venatius Fortunatus, que andaba en su devota peregrinacion, lo visitó como una de las cosas mas notables que podria encontrar en sus viajes. Fué acogido con muestras de una esmerada atencion, y el afecto con que la reina acostumbraba recibir á los hombres de finura y de talento, le fué manifestado á de una manera ostensible como al huésped mas amable y mas distinguido. Vióse colmado de finas atenciones, de obsequios y sobre todo de alabanzas. Esta admiracion, reproducida diariamente bajo todas

las formas y por decirlo así destilada en los oídos del poeta por dos mugeres, la una mayor que él y la otra mas jóven, le causó un encanto inexplicable que le detuvo mas tiempo del que creia. Las semanas y los meses trascurrieron sin sentirlo, y agotados todos los pretextos posibles, para disimular su demora, el viajero anunció definitivamente que iba á ponerse en camino. Entonces Radegunda le dijo: "¿Por qué queréis partir? ¿Por qué no os resolvéis á permanecer con nosotros? Esta súplica amistosa fué para Fortunatus una orden que fijó su destino; así no pensó en volver á pasar los Alpes, se estableció en Poitiers, tomó las sagradas órdenes, y se hizo definitivamente sacerdote de la Iglesia metropolitana.

Facilitada por este cambio de estado sus relaciones con sus dos amigas que él llamaba con los nombres de madre y de hermana, se hicieron mas delicadas y mas íntimas. A la necesidad que por lo comun tienen las mugeres de ser gobernadas por un hombre, se reunian para la fundadora y abadesa del convento de Poitiers, circunstancias imperiosas que escogian el ausilio de una voluntad y de una firmeza varoniles. El monasterio tenia bienes considerables que era necesario no solamente administrar, sino guardar con nitida y diaria vigilancia de las rapinas sordas ó de las invasiones á mano armada. No se podia conseguir esto, sino por medio de decretos reales, de excomuniones fulminadas por los obispos, y de perpetuas negociaciones con los duques, condes y magistrados poco interesados en obrar por el deber; pero que valian mucho cuando se interponía el interés ó las afecciones privadas. Semejante trabajo requeria astucia, actividad y frecuentes viajes á la corte de los reyes, y el talento necesario para hisonjar á los hombres poderosos y tratar con todo género de personas. Fortunatus empleó con tanto éxito como zelo los conocimientos que tenia del mundo y los recursos de su talento, á tal grado, que llegó á ser el consejero, el agente, el embajador, el secretario y el mayordomo de la abadesa y de la reina. Su influencia absoluta en los negocios exteriores, no era menor que la que ejercía en el orden interior y en la policía de la casa; era el árbitro en las pequeñas disputas, el regulador de las pasiones rivales y de los mezquinos odios femeniles. La severidad de la regla se moderaba por su influencia; las licencias, las gracias, las comidas excepcionales, y las diversiones se concedian por su influjo ó cuando él lo pedía. Tenia á su cargo hasta cierto punto la direccion de las conciencias y sus advertencias y consejos, que algunas veces redactaba en verso, se inclinaban siempre al lado menos rígido.

Por lo demas, Fortunato reunía á la flexibili-

dad de su talento una mezcla rara de costumbres; cristiano sobre todo por la imaginación, como se ha dicho que son la mayor parte de los italianos, sus máximas eran irreprochables, mas en la práctica de su vida, sus costumbres eran voluptuosas y sensuales. Se entregaba sin medida á los placeres de la mesa, y no solamente era un alegre convidado, sino regular bebedor é inspirado cantor en todos los festines con que lo obsequiaban sus ricos amigos, ya romanos, ya bárbaros; y no contento con eso frecuentemente se regalaba él solo á usanza de la Roma imperial, con espléndidos banquetes, en los cuales se cubría la mesa varias veces de tan diferentes cuanto opíparos manjares. Hábiles como lo son todas las mugeres en conservar un amigo, halagando los flacos de su carácter, Radegunda é Ines rivalizaban por complacer la grosera inclinación del poeta y adular tambien el otro defecto, aunque mas noble, de su vanidad literaria. Diariamente enviaban á la casa de Fortunato las primicias de la comida del convento, y no satisfechas con esto, preparaban con toda delicadeza algunos manjares que agradaban al poeta y que á ellas les era prohibido gustar. Eran carnes sazonadas de mil maneras, legumbres con salsas de miel servidas en platos de plata, de jaspé, ó de cristal, y aves esquisitez condimentadas sabrosamente. Otras veces los convidaban á comer al monasterio, y entonces no solamente las viandas eran magníficas, sino que los adornos del comedor respiraban una coqueta sensualidad; guirnaldas de flores aromáticas tapizaban las paredes, y un lecho de hojas de rosa cubría la mesa en vez de manteles. El vino se desbordaba de las curiosas copas que se presentaban al convidado, el cual lo saboreaba, porque ningún precepto ni voto se lo prohibía; en una palabra, había una próxima semejanza, una sombra de los banquetes descritos por Horacio ó Tibulo, en estos festines elegantes, preparados á un poeta cristiano por dos reclusas muertas para el mundo.

Los tres actores de esta estravagante escena, se dirigían con este motivo epítetos tiernos, cuyo sentido tal vez habría disgustado á un pagano. Los nombres de *hermana* y de madre en la boca del italiano, eran acompañados de expresiones más significativas, tales como, *mi vida*, *mi luz*, *delicia de mi alma*, &c.; mas todo esto en el fondo, no era mas que una amistad escalar; pero casta, una especie de amor intelectual.

Con respecto á la abadesa, que no tenía mas que treinta años, esta íntima amistad pareció sospechosa, y fué objeto de malignas interpretaciones. La reputación de Fortunatus se promeneó y se vio obligado á defenderse protestando que no tenía por Inés mas sentimientos que los de un hermano, un amor puramente

te espiritual, una afección casta y celeste. Esto lo hizo en unos bellos versos donde pone por testigos de la inocencia de su corazón á Jesucristo y la Santísima Virgen.

Este hombre de humor alegre y ligero, que tenía por máxima gozar de lo presente y mirar todas las cosas del lado risueño, era en sus conversaciones, con la hija de los reyes turinianos, el confidente de íntimos y secretos padecimientos, de melancólicas reminiscencias que lo contristaban en alto grado. Radegunda había llegado ya á la edad en que los cabellos se enblanquecen, sin olvidar ninguna de las impresiones de los primeros dias de su infancia, y á los cincuenta años el recuerdo del tiempo pasado en su país y rodeada de sus parientes y amigos se le presentaba tan fresco, tan vivo y tan doloroso como en el momento de su cautividad. Acontecía frecuentemente que se le escaparan algunas quejas amargas. Yo no soy mas que una criatura huérfana, decía, y luego encontré la mayor complacencia en referir minuciosamente las escenas de desolacion, de asesinato y de violencia de que había sido testigo y en parte víctima. Despues de tantos años de destierro, á pesar del cambio total de costumbres y de gustos, la memoria del hogar paterno y las antiguas afecciones de familia, era para ella un objeto de culto y de veneracion, el único resto por decirlo de una vez, del carácter y de las costumbres germánicas. La imagen de sus parientes muertos ó desterrados no cesaba de presentársese delante, á despecho de las nuevas obligaciones que había contraído y del sistema de paz y de quietud á que se le había reducido. Había alguna cosa de atrevido, un ardor casi salvaje en los raptos de esta alma, cuando recordaba á los últimos restos de su raza y pensaba en su tío refugiado en Constantinopla y á sus primos nacidos en el destierro y rodeados de la desgracia. Esta muger, que en la tierra extranjera no había podido amar nada mas que lo que tenía cierto sello de civilización y cristianismo, coloraba sus recuerdos patrios con un tinte de poesía montarz é inculca, que se semejava á los cantos nacionales que había escuchado otro tiempo en los palacios de madera de sus antecesoros, ó en las forestras de su país. . . Se halla una muestra aunque debilitada en algunas piezas en verso donde el poeta italiano hablando en nombre de la reina, ha tratado de consignar íntegras estas dolorosas conversaciones.

«*He visto mugeres conducidas á la esclavitud con las manos atadas y los cabellos en desorden. La una caminaba con los pies desnudos por encima de la sangre de su esposo, la otra pasaba sobre el cadáver de su hermano.*»

«*Cada uno ha tenido por qué llorar; pero yo he derramado lágrimas por todos.*»

«*He llorado por mis parientes muertos, y tengo tambien que llorar por los que han quedado vivos.*»

«*Cuando mis lágrimas cesen de correr y mis suspiros se estingan, aun quedarán vivos mis pesares dentro del corazón.*»

«*Cuando el viento murmura, me parece que debe traerme algunas noticias. En vano; ninguno de mis parientes se presenta delante de mí.*»

«*Un mundo entero me separa de los que amo. ¿En dónde están? Yo lo pregunto al viento que sopla ya las nubes que pasan, y desearia que alguna ave me diese noticias de ellos.*»

«*Ah! si no estuviera detenida por la sagrada clausura del monasterio, me verian llegar adonde están el día que menos lo aguardaron. Me embarcaria á pesar del mal tiempo, bogaria con regocijo en medio de la tormenta. Los marineros temblarian, y yo no tendria miedo. Si el navio se hacia pedazos, me asiria de una tabla, y continuaria mi camino, y si no podia apoderarme de ningún resto del buque, iria nadando hasta donde están ellos.*»

Tal era la vida que tenía Fortunatus desde el año de 1567, vida mezclada de religion sin tristeza, y de atenciones sin inquietud, y alternada entre serias y graves ocupaciones y recreos agradables y fútiles. Este último y curioso ejemplo de alianza entre la perfección cristiana y los refinamientos sociales de la vieja civilización, habrían pasado sin dejar huella, si el amigo de Ines y de Radegunda, no hubiese marcado en sus obras poéticas los mas minuciosos pormenores de la vida feliz que por instinto había elegido. Allí se encuentra inscrita dia por dia la historia de esta sociedad de tres personas ligadas íntimamente por una viva amistad, por el gusto de las cosas elegantes, y por la necesidad de cultivar por la conversacion el talento. Hay versos para todos los pequeños sucesos de que se componia esta vida dulce y monótona, sobre las penas de la separación, el fastidio de la ausencia, el gozo de la vuelta; sobre los regalos dados ó recibidos, sobre las flores, las frutas y toda suerte de chucherías; sobre las cesillas de junco que el poeta tegía con sus propias manos para ofrecérselas á sus dos amigas. En fin, se encuentran versos dedicados á los dias felices ó tristes, que forzosamente traía cada año, tales como el dia de su santo de Ines, y el primer dia de cuaresma en que Radegunda obedeciendo á un voto se encerraba en su celda á pasar el tiempo del ayuno mayor. ¿Dónde se oculta mi luz! ¿Por qué no la miran mis ojos! exclamaba entonces el poeta, con un acento apasionado, que hubiera podido creerse profano. Cuando lle-

gaba la pascua y con ella el fin de la ausencia de Radegunda, mezclando á la ternura del maridial los graves pensamientos de la fé cristiana, decía á Radegunda: «Te habias llevado mi alegría, y ella vuelve contigo; así celebró doblemente este dia solemne.»

«A la dicha de una tranquilidad única en este siglo, reunia el emigrado italiano una gloria que podia muy bien prestarle ilusion sobre la inmundicia de una literatura moribunda, de la cual fué el mas frívolo representante. Los bárbaros le admiraban hasta el punto que los mas insignificantes opúsculos, las cartas escritas con precipitación, los simples disticos improvisados pasaban de mano en mano, y eran leídos, copiados y aprendidos de memoria; sus poemas religiosos y sus versos dirigidos á los reyes eran un objeto de atencion pública. A su llegada á Guala había celebrado en estilo pagano las nupcias de Sigiberto y de Brunchida, y en estilo cristiano, la conversion de Brunchida á la fé católica. El carácter guerrero de Sigiberto, vencedor de las naciones del otro lado del Rhin, fué el primer tema de sus adulationes poéticas; mas tarde establecida en Poitiers la corte de Hariberto, hizo el honor á este principe, nada guerrero, de trazarle un elogio del rey pacífico. Muerto Hariberto el año de 1567, la situacion precaria de la ciudad de Poitiers, tomada, abandonada y vuelta á tomar á cada paso por los reyes de Neustria y Austrasia, hizo guardar largo tiempo al poeta un prudente silencio, y su lengua no se desató hasta el dia en que la ciudad que habitaba le pareció definitivamente entregada al poder de Chilperico.

Radegunda murió muy anciana y sin haber desmentido nunca su carácter. Heno de piedad y de unción. Esto, reunido á las virtudes que practicó, ocasionaron el que despues de su muerte se le venerara como una santa.

Fortunatus escribió la vida de la reina Radegunda, así como Gregorio, obispo de Tours, que precisamente vivía en ese tiempo, y fué conducido á Poitiers ante un tribunal por falsas calumnias de los enemigos de la iglesia católica.

(Traducido para el Museo Mexicano por M. Payno)

CASAMIENTO CÉLEBRE.

El año de 1784, se casaron en Monclova dos juvenicos: el novio tenía 75 años, y la novia 72. Duraron casados 52 años y tuvieron los descendientes que siguen: 10 hijos, treinta nietos, once biznietos, 10 nietos, y 10 nietos. 1 uertos: 1

PANORAMA DE MEXICO.

SAN LUIS POTOSÍ.

La ciudad de S. Luis Potosí se halla situada en un hermoso valle, que se extiende á cosa de 15 ó 16 leguas de Sur á Norte, y de Este á Oeste, variando entre 4 y 6; la posición geográfica de esta ciudad es, según la carta de Humboldt, á 103° longitud O. de París, y 22° 10' de latitud N. y 1° 35' longitud O. de México, en la parte oriental de la república mexicana, cargada al Sur del valle en que está, el que en su mayor parte se encuentra cubierto de arboledas, y la ciudad circundada de huertas, que por la poca profundidad del agua se riegan con pozos, teniendo dos ó tres cada una, según su magnitud. El aspecto físico del valle presenta dos serranías, una al Sur y Oeste, y la otra al Este; en esta se hallan las famosas minas del cerro de S. Pedro, celebre por su riqueza en oro y plata, y á quien la ciudad parece debe el nombre de Potosí; la serranía del Oeste parece ser de roca primitiva, y la del Este de segunda formación; de la primera bajan dos ríos y varios arroyos que riegan el valle; el río principal es el de Santiago que corre á orillas de la ciudad, y pocas de media legua el de Paisanos, ambos por el N.

La fundación de San Luis no se sabe á punto fijo, y el único dato histórico que he visto son unas pinturas que están en la portería del convento de San Francisco, sacadas de las crónicas de la Orden, y por ellas se puede suponer que en 1557 se fundó el convento en Tlascala, hoy barrio de la ciudad, y que el pueblo de S. Luis lo fundó un religioso laico llamado Fr. Diego de la Magdalena; también hay un cuadro que representa el martirio de cuatro religiosos en 1657 por los indios Guachichiles, que sin duda poblaban el valle. En el archivo del Ayuntamiento el libro mas antiguo de sus actas que existe, principia en 1612 y la cédula que le concedió el título de ciudad á S. Luis, tiene la fecha de 1656, dándole por escudo de armas la imagen de S. Luis, rey de Francia, parado sobre el cerro de S. Pedro en campo de oro y azul, con cuatro brazos de oro y plata contra-puestas en sus brazos; los objetos son las únicas historias que quedan de él.

S. Luis esle varios fizado á del y derse pro dan una esta legua de Inés mas sentimien pocome menos en esta forma: *¡¡¡ amor puramen-*

el Montecillo y S. Sebastian; al S. Guadalupe, S. Juanico y S. Miguelito; al O. Tesquiapan, y por el N. Santiago y Tlascala. El interior de la ciudad es hermoso, sus calles bastante rectas distinguiéndose en ellas varios edificios por su bella apariencia, entre ellos en la plaza mayor, el palacio del gobierno (se ve en la vista adjunta á la izquierda), su fachada es dórica y el pórtico jónico; al frente del palacio al otro extremo de la plaza se halla una casa particular también del orden dórico con un portal magnífico que sirve de parian; es lástima que no esté concluida; el teatro es bueno, tiene su fachada de piedra labrada de poco gusto; pero en cambio por dentro es bonito y está cubierto de una hermosísima bóveda; la alhóndiga está ejecutada con mucho acierto para su objeto, y su frente es un gran portal que adorna la plaza del mercado; el paseo es una gran calzada que sale de la orilla de la ciudad á Guadalupe donde se halla un jardín y dos fuentes, y otra al empezar con asientos al rededor. La casa de moneda y demas oficinas del gobierno, no ofrecen nada de particular. Entre los templos se distinguen por los adornos interiores, la Parroquia y el Carmen, y S. Francisco por lo vasto de su fábrica, siendo este convento la cabecera de la provincia; Guadalupe en su exterior es una buena fábrica adornándola dos torres muy elevadas y graciosas que tiene. La Merced, S. Agustin, S. Juan de Dios, Hospital, la Compañía, Colegio de Niñas, el de niños Josefino Guadalupeño, el Rosario, Montecillo, S. Sebastian, S. Miguelito y los demas, nada ofrecen notable.

La población el año de 1808, según Humboldt, constaba de 12000 almas; despues de la independencia tuvo un aumento de consideración, el que por los años de 37 y 38 empezó á disminuir, y en el día es que debilitada en algunas subsisten de donde el poeta italiano hacia, corambratre de la reina, ha tratado de con-tura, y tegras estas dolorosas conversaciones. *¡He visto mugeres conducidas á la esclavi-pm con las manos atadas y los cabellos en des-orden. La una caminaba con los pies desnudados por encima de la sangre de su esposo, la otra pasaba sobre el cadáver de su hermano.* *¡Cada uno ha tenido por qué llorar; pero yo he derramado lágrimas por todos.*



PLAZA DE SAN LUIS POTOSÍ.

co que el poeta tegia con ra ofrecérselas á sus dos amigos, encuentran versos dedicados á los tristes, que forzosamente traia cada año como el día de su santo de Ines, y el primer día de cuaremas en que Raileganda obediendo un voto se encerraba en su celda á pasar el tiempo del ayuno mayor. *¡Dónde se oculta mi luz! ¡Por qué no la miran mis ojos!* exclamaba entonces el poeta, con un acento apasionado, que hubiera podido creerse profano. Cuando lle-

Dura y ti-
dientes que
once bizni-
nietos m

¡Ah Señor! si el lenguaje del alma
Que en los frágiles labios espira,
Consideras benigno á mi lira,
Grande y noble entonara el cantar.
Pero muere mi afecto de fuego
Al pasar de mortal al idioma,
Como dejan las flores su aroma
De aire infecto al maligno soplar.

Mas en tanto que escucho del ángel
En tu trono vibrar la arpa de oro,
Yo en mi canto diré que te adoro,
Que das alma á mi enérgica voz.
Vuele el canto al abrirse las flores:
Con la luz que derrama la aurora,
Con el himno de la ave canora
Con el vívido rayo del sol.
Julio de 1844.—Guillermo Prieto.

ENSAYO DE UNA CARPOLOGIA.

(Continuacion.)

FAMILIA 2ª HESPERIDEAS Ó AURANTIACEAS.

11ª NARANJA.

HISTORIA.—Es originaria de la China ó islas de la Sonda; algunos juzgan que los portugueses la arrancaron de la India, y se cree que Juan de Castro la llevó á Portugal por el año 1520. Segun Mr. Galezio, al fin del siglo décimo aun no era conocida en Europa, á donde fué introducida por los venecianos ó genoveses, entre el décimo y décimo tercio siglo, y en el décimo quinto su cultivo estaba en vigor en España, Portugal, Liguria, Nápoles y Sicilia. Tambien era ya conocida en Francia en 1333. Bernal Diaz del Castillo las trajo á México, quien dice que el mismo sembró siete ó ocho pepitas en Coahuacalco, y que fueron las primeras que se plantaron en Nueva-España. (Hist. de la Conq. cap. 17 citado por Clavigero). Se cree que es la manzana de oro del jardín de las Hesperides, tan célebre en la fábula. El naranjo es emblema de la dulzura. Como su color es amarillo de oro, se les llamó aurantium, y corrompido el nombre en castellano, naranja.

GÉNERO.—Caliz cupuloido, persistente, dentado; corola, de cuatro á cinco pétalos secaliles, sin uña. Estambres numerosos, teniendo los filletes remidos en muchos haces; ovario de muchos lóculos, conteniendo cada uno un grande número de óvulos insertos al ángulo interno; estilo espeso, cilindrico; estigma simple, y deprimido. Baya globulosa ó alargada, cubierta de una corteza áspera rugosa, cuyo interior que es celuloso y carnoso, puede dividirse en otras tantas partes separadas por tabiques membranosos, cuantos lóculos hay en el ovario.

SINONIMIA.—Griego *Μηλας πορφυρα*, tambien la llaman manzano de la Media, y el fruto melon de la Media. Castellano: *naranjo*; latin, el fruto: *arantia, mala aurea, mala aurantia, chrysoleuca, poma anarantia, nerantia, aurantium, citrangulum, chysigeium, orantia*; italiano: *melarancio*; portugués: *larangeira*; francés: *oranger*; inglés: *orange-tree*; alemán: *pomeranzbaum*; holandés: *oranjeboom*; danés: *pomeranstra*; sueco: *pomeranstroed*; polaco: *pomeranza drzewo*; ruso: *pomeranzowoe lorewo*; árabe: *narendi boelz*; turco: *narinshch*; persa: *narinshch*; chino: *can-su*.

ADUMBRACION.—*Aurantium succu intus dulci.* Cæsalp. 141. *Aurantium.* Knorr. del. 1. t. 3. P. 4. *Mala aurantia major.* Bah. lib. 11. sec. 3. *Aurantium dulci medulla vulgaris.* Ferr. Hesp. 374 y 377. Tourn. 620. c. 21. sec. 6. g. 1. *Aurantia fructu dulci.* Volk. hesp. norimb. 187. *Aurangium dulci medulla vulgaris* L. poliadelf. icosand. Juss. c. 13. ord. 10.

FRUTO.—Es otoñal y una hesperidia ó sea fruto carnoso, cuya envoltura es muy espesa, dividida interiormente en muchos lóculos (los gajos) por tabiques membranosos que se pueden separar fácilmente sin romperse. Los granos están insertos al ángulo interno, y los embriones no tienen endosperma.

PROPIEDADES FÍSICAS.—Forma esférica, ligeramente deprimida en sus extremos, todo el fruto es de un olor fragante aromático, lo que se nota mas particularmente en la corteza, la que es de un color amarillo dorado exteriormente, y que á veces tira á rojo (flabeo) donde se notan vesículas ó glándulas; á lo interior es blanco (albedo) de consistencia fofo, y mas ó menos gruesa; quitada la corteza afecta todavía la misma forma, y entonces se halla compuesta de gajos colocados lateralmente alrededor de un eje comun ficticio; los tabiques que los separan formados por el endocarpio son semidifanos, membranosos, contienen muchas vesículas que están hacinadas y son oblongas agudas en su punto de inserción, obtusas en el otro formadas de una película delgada muy fina, que contiene un liquido de color mas ó menos amarillento, hallándose entre ellas varias semillas. El sabor del liquido, contenido en las vesículas, es dulce, ligeramente acidulo, cuando ya están en perfecta madurez. El episperma es coriceo y fibroso, contiene una almendra de sabor amargo.

PRINCIPIOS.—La pulpa contiene goma, azúcar, pectina, ácido málico, cítrico y albumina; la corteza en sus glándulas mucho aceite volátil, aromático inflamable, amargo y picante; las semillas fécula y un principio amargo.

PROPIEDADES HIGIÉNICAS.—El jugo es ligeramente nutritivo, propio para sujetos jóvenes ó adultos, bien sean sanguíneos ó biliosos, en tiem-

po de estío, esto debe entenderse usada con frecuencia; ni siempre habria inconveniente por que á veces fuera gustada por individuos de diferente temperamento &c. La corteza, segun Murray, y Cullen, es un excelente antiescorbútico, y sus propiedades cuadran con las de las sustancias llamadas en otro tiempo, carminativas.

PROPIEDADES MEDICINALES.—Es útil en inflamaciones ligeras de los órganos de la digestión, es diluyente y refrescante, de cuyas propiedades no podrá dudarse, y se verán confirmadas por la experiencia usada en circunstancias apropiadas, y en un grado conveniente de acidez y dilución: se cree muy generalmente que la naranja es biliosa, y que origina fiebres; propinarla pues en ellas, seria un absurdo segun esta opinion vulgar; pero si se reflexiona un poco se verá que su abuso, mas predisposición (por comprender en una sola palabra muchas diferentes causas) su falta de madurez &c., son el verdadero origen de las fiebres á otras enfermedades, que despues de haberla comido pueden aparecer alguna vez; que obra como refrescante, y que así debe ser, como todos los ácidos vegetales, segun todos convienen. Produce ademas muy buenos resultados en enfermedades biliosas, ardientes, tifos, peste y escorbuto. El aceite esencial es tónico-estimulante y antispasmodico.

Hay naranjas de corteza mas delgada, mas lisa, con las vesículas de ella mas finas, conteniendo menos cantidad de aceite volátil, su dulce es mas concentrado.

SINONIMIA.—*Aurantium sinense* Ferr. Hesp. 430. 433. *Aurantium sinense pumilum.* Volk. Hesp. Norimb. 277. y 207. Naranja de china mayor.

Aurantium sinense minimum cortice et pulpa suavissimi saporis. Garid. Hist. plant. 53. Naranja de china menor.

Los Sres. Risso y Poiteau, han dividido los naranjos en ocho razas principales, que son, los naranjos propiamente dichos, á que pertenecen ya fructuosos; los naranjos agrios silvestres ó bigarradas (*Bigaradia*) de fruto ácido, algo amargo, mas pequeño, de color amarillo verdoso, y con la corteza torulosa.

SINONIMIA.—*Aurantium T. c. 21.* *Aurantium acri medulla vulgaris.* Ferr. hesp. 377. T. 620. Boerh. 2. 239. *Malus aurantia major.* C. B. Pin. 436. *Aurantia malus* J. B. 19. 97. *Malus aurantia vulgaris.* Park. Teatr. 1508. *Algomum aurantium.* H. Eyst. Aest. ord. Arb. et Fruct. F. fig. 3. *Aurantia, mala aurantia.* Ment. Ind. 37. *Malus aurantia vulgaris major.* Jons. Deandr. 22. *Citrus petiolis alatis* L. Hort. Cliff. 379. Naranja agria.

La agri-dulce no se diferencia de la anterior, si no es por su sabor.

SINONIMIA.—*Aurantium succu intus medioeri.* Cæsalp. 141. *Aurantium vulgare medulla medii saporis.* Ferr. Hsp. 374. *Aurantia fructu saporis medii sive dulcicido.* Volk. hesp. Norimb. 187.

Los bergamotos (*Bergamia*) de frutos piriformes ó deprimidos, lisos ó torulosos, de un amarillo pálido, de vesículas cóncavas, pulpa ligeramente ácida y de un aroma muy agradable. Tal es el bergamoto comun ú ordinario. *Citrus bergamia vulgaris;* *Aurantium bergamium dictum.* Cod. Med. Par. 12.

Los limeros (*limettie*), que llevan un fruto mas ó menos grueso, ovoide ó arredondeado, terminado por un pezon, de un color amarillo pálido. Las vesículas de su corteza son cóncavas; su pulpa es dulzacha, insípida ó ligeramente amarga, el liquido, ordinariamente de un color blanco sucio.

Las pamplemusas (*Pampelmossia*) toronjos, dan frutos de gran tamaño, globulosos ó piriformes, de corteza lisa, con las vesículas del aceite esencial planas, ó convexas; carne espesa, esponjosa, pulpa verdiosa, poco acuosa, de sabor dulce y poco sabrosa.

Los limones dulces (*limie*), y los limones (*limonte*) con fruto de color amarillo claro, forma ovoide, terminados por un pezon cónico mas ó menos largo. Corteza, ya lisa, ya rugosa, con las vesículas del aceite esencial, cóncavas, pulpa abundante con un jugo dulce en los unos, ácido en los otros.

El limonero ordinario se tiene por originario del Asia, y que se trajo de la isla de Citrea, de donde le vino citrus, nombre que se dió al género todo, por Linneo: crece naturalmente en las comarcas de la India, situadas mas allá del Ganges, ha sido trasportado al Asia menor, y Europa meridional, por los califas que del fondo del Asia extendieron sus conquistas hasta el pié de los Pirineos. No podemos omitir que contiene en tal cantidad ácido cítrico (asi llamado porque de él se sacó el primero que fué conocido), que de ellos se sirven para extraer el que se spende en el comercio.

Finalmente, los cedratos ó cidrerros (*cedratie*) de frutos mas gruesos, mas verrugosos, la pulpa menos ácida, á veces de color encarnado; sarcoarpio comestible, abundante.

SINONIMIA.—*Decumanus* Rumph. amb. 2. p. 96. t. 24. f. 2. *Mala aurantia fructu rotundo maximo palescente caput humanum excedente.* Sif. fam. 212. hist. 1. p. 41. t. 12. f. 2. 3. *Citrus decumanus, petiolis alatis, foliis obtusis, emarginatis.* L. syst. veg. p. 580. ?

Los cedratos vinieron de la India y Japon, á Europa.

Las propiedades medicinales de las diferentes razas de naranjos, son uniformes y su uso muy generalizado. (Continuará.)

LEYENDA.

EL CASTILLO DEL BARON D'ARTAL.

GRANDES fueron los honores, inmarcesibles los laureles que conquistó el baron Guy-d'Artal, en los famosos sitios de Nice y Dorilea, aunque como oscuro caballero combatiere de incógnito en las brillantes filas de Godofredo.

Las albas plumas de su penacho soberbio indicaban siempre el lugar mas empeñado de los combates, y bravo entre los bravos, atrevido y generoso, era uno de esos tipos nobles y singulares que engalanados con los atavíos mas poéticos nos ha transmitido la romancesca historia de los siglos medios.

Era el 7 de Junio de 1099, cuando con un acento fervoroso saludó la cumbre del Gólgota aquella cruzada que convocó la audacia inaudita de Pedro el ermitaño.

No es nuestro objeto describir los terribles encuentros entre cristianos y musulmanes, en los treinta y tantos días que duró el sitio: el 23 de Julio se desbordó por las calles y plazas de Jerusalem el torrente impetuoso que rugiendo amenazante desde el seno de la Europa, habia venido á derribar las murallas de la ciudad santa.

Guy-d'Artal se distinguió como siempre en aquel día de memoria eterna cuando inmediatamente á la torre de David, donde habian perecido cerca de diez mil mahometanos, perdió el caballo, y gravemente herido, se defendia aún heroicamente de los ataques desesperados de algunos sarracenos.

Reducido al último estremo, fatigado de herir su robusto brazo, hubiera sin duda alguna succumbido, si la presencia de un caballero con la visera caida, sin divisa el escudo, ni plumas el casco, ni signo alguno de distincion, hubiera venido á su auxilio. No es mas veloz el tigre del desierto, que el caballero en sus movimientos; púsose al lado de Guy-d'Artal, mezcló su sangre generosa con la de su compañero, y repeliendo á sus adversarios, le abandonó los honores del vencimiento con una caballerosidad llena de generosa delicadeza.

No limitó á esto sus atenciones el incógnito guerrero: curó las heridas del baron, lo colmó de atenciones, lo trasladó en sus brazos á su campo, y se mostró tan cortés y galante en sus cuidados, como habia sido ardiente y temerario en la batalla.

Suplicó Guy-d' Artal dijese su nombre, escusóse el caballero; pretendió con la finura mas esquisita galardonarle, y rehusó el encubierto soldado, y únicamente por signo de amistad cambiaron sus aceros en memoria de un suceso que debería reunirlos con vínculos fraternales.

Después de proclamado Godofredo rey de Jerusalem, regresaron á sus respectivos países cubiertos de gloria la mayor parte de los que lo acompañaron en la reconquista del santo sepulcro; Raul, que este era el nombre del valeroso libertador del baron d'Artal, permaneció entre los quinientos caballeros que quedaron á las órdenes del famoso Tancredo.

En aquel tiempo Felipe I de este nombre guardaba una posicion embarazosa, y apenas podia libertarse de los frecuentes ataques de la iglesia.

Favorecidos por su indolencia en el mando, entre los vasallos habia estallado una horrorosa anarquía, algunos se rebelaron contra su rey, otros manifestaron hostilmente sus deseos de independerse, y los otros entre sí decidían á mano armada sus querellas con sus vecinos.

De todos los puntos de la antigua Galia el reino de Francia, en aquel tiempo sin duda alguna era el peor gobernado.

Aun no habia reposado el caballero d'Artal de sus fatigas en Palestina, cuando renovó una antigua querrela con un vecino suyo, Rodolfo de Beauviers; asaltó su castillo, hizo prisioneros á sus habitantes, y condujo con violencia despótica á sus estados al propio Rodolfo y á sus dos hijas, Leonor y Gabriela de Beauviers.

Inútiles fueron las quejas por la perpetracion de tal escándalo: en Francia todo ennuencia.

Las violencias de Guy-d'Artal no hubieran conocido limite, si la profunda impresion que le produjo la belleza extraordinaria de Leonor, no hubieran dado rumbo diverso á sus pensamientos, elevando á la noble prisionera al rango de señora de su corazón.

Los desdenes de Leonor irritaban mas y mas la pasion y el orgullo del opulento baron: en vano su padre encanecido le hacia palpar las ventajas del enlace, la salvacion de sus intereses, el nuevo lustre que adquiriria su nombre, y lo

risueño que entonces apareceria á sus ojos el porvenir.

Leonor respetuosa, sí, pero firmemente resuelta, mostraba á su padre la violencia de tal matrimonio; pero concertada entre ambos señores la boda, se consultaba la voluntad de Leonor mas bien para cubrir las apariencias, que como requisito indispensable para que tuviese verificativo el contrato nupcial.

Ya los halagos de una futura grandeza con su séquito de ilusiones deslumbradoras, ya las amenazas de la indignacion paterna, se empleaban diestramente para seducir á la jóven, que con el fanatismo sublime de una pasion desechada ofrecia á su cristiano ausente, la persecucion y los sacrificios que padecia por su amor.

Esasperado por fin el sufrimiento del baron, pone un término perentorio al Sr. de Beauviers para la celebracion de la boda, con aire tan decidido y amenazante, que la menor demora hubiera sido el presagio de un rompimiento implacable, trayendo consigo fatales consecuencias.

El padre de Leonor que conocia los amores de esta con un jóven que habia partido como aventurero á Palestina á ganar prez y conquistar lutos para su señora, reconoció el origen de resistencia tan obstinado, y resolvió á toda costa remover este obstáculo que obstruía la realizacion de sus proyectos de ventura.

Cuando el caballero Artal le hizo relacion de sus hazañas en la tierra Santa, no omitió la pintura del trance que pasó en la torre de David, contándole con aire de misterio la intervencion del apuesto caballero á quien debia la existencia, y mostrándole la espada que conservaba en memoria de su valiente libertador.

El caballero de bauviers reconoció por su mal aquel acero, se mostró indiferente á las alabanzas apasionadas con que encarecia su arrojé el baron, y desvió la plática de un asunto en que temia que su viva comocion le traicionase.

Como hemos dicho, deseaba el padre de Leonor alejar del corazón de esta toda esperanza, y hurió una trama con el mayor sigilo, para que se persuadiese que Raul habia muerto combatiendo de los sarracenos.

No le fué difícil complicar en su intriga á uno de los muchos peregrinos que errantes por la Europa, ganaban su vida contando sus hazañas, y revistiendo de maravillosas relaciones los sucesos mas insignificantes de la Cruzada.

Para darle mas aspecto de verdad á su farsa, se apoderó ocionalmente de la espada de Raul, preparó un momento oportuno, y con el carácter mas romanesco, hizo Leonor se persuadiese de la muerte de Raul, que palpase su espada, que quiesce sus lágrimas á las del hipó-

crita mensajero que se decia hermano y compañero del idolo de su alma.

Después de esta revelacion extraordinaria del peregrino, Leonor se entregó á la mas profunda melancolía; la muerte misma de su adorado Raul, santificó en su alma virginal un sentimiento que purificaba su corazón, que la concentraba en su pasion, que la hacia amar su dolor y su llanto, porque reconocia por origen al que era alma de su memoria, y objeto del culto de su corazón.

Las pardas almenas del castillo en que vivia, sus elevadas torres, sus garitas y sus ferradas ventanas, escaltaban su imaginacion: su libertad se la daría la muerte.

Como hierre el granizo los pétalos delicados de una flor naciente, herian y marchitaban su espíritu estos pensamientos, y cuando pasaba sobre la estensa muralla del parque del castillo, y veia mas allá del manso rio que le servia de foso, los valles y los montes, las riuicetas praderas y el horizonte inmenso, detras del cual habia encontrado su tumba su amante, gemia desolada como la ave presa en la red en medio de los campos. ¡Pobre Leonor!

En tanto, trascurrían los dias, los agasajos del baron eran su martirio; los aprestos suntuosos de su boda, los veía como contempla un reo los instrumentos crueles de un atroz suplicio.

Su padre se habia conjurado en su contra: su hermana era su sola confidente; pero su verdadero solaz lo hallaba en el templo del castillo, donde á los pies de la Virgen María, derramaba su llanto y sus preeas, á la luz de una lámpara solitaria, al vislumbre opaco de la luna, que penetraba pálido por las altas ventanas de la capilla que daba al rio.

Una noche, que con mas fervor elevaba su plegaria á la Reina de los ángeles, con su rostro cándido inclinado, con sus mejillas empapadas en lágrimas: se levantó de repente sobresaltada, fijó su atencion, y solo escuchó el murmurio apacible del tranquilo rio, y el manso ruido de los árboles que mecía el viento en el parque vecino.

Sin duda su imaginacion habia creído escuchar el suspiro quejoso de un laud que conocia, de un laud intérprete en otro tiempo de sus delirios de amor, de sus sueños de oro, de ilusion: del laud de su trovador.

Era una melodia que se habia desprendido y llegado á su corazón, empapada en el aroma de las flores, fresca con la brisa que rizaba las ondas del rio, radiante con el vivo fulgor de la luna argentada.

¡Ay! no era ilusion, era la realidad sublime de un contento; era la resurreccion en su alma de la juventud, del amor, de la felicidad suprema: la noche siguiente á la misma hora, apare-

chó distintamente el concerto sonoro del laud,
y la voz de su Raul, que así se querellaba con
ternura:

TROYA.

Conquisté en Salem divina,
Timbres de eterna memoria,
Alivió mi sed de gloria
Con las aguas del Cedron.
¿Por qué combates, guerrero?
Me preguntaba la fama;
Yo respondí por mi dama,
Y el sepulcro de mi Dios.
Gloria, gloria enternecida
Miré fulgurar tu lumbre,
Sobre la sagrada cumbre
De la montaña de Sion.
La muerte sobre mi casco
Sus negras alas tendía,
Y yo ardiente combatía,
Que era tu amante, Leonor.
Entre los viles despojos
Del altivo mahometano,
Miré flotar del cristiano
El triunfante pabellón.
Yo decía al ver los lauros
De mis compañeros fieles,
Yo depondré los laureles
A los pies de mi Leonor.
Mas voluble cual la arena
Al simoun de Palestina,
Tú fuiste, Leonor divina,
Y tu ingrato corazón.
Es irrisión mi renombre,
Es un sarcasmo mi gloria,
Tú no guardas ni memoria
De tu tierno trovador.
Yo he proclamado tu nombre
En el campo, en el desierto,
En la orilla del mar Muerto,
Donde espiró el Redentor.
Volví mis sueños de gloria
Desbarató la falsía;
Palpa al menos la agonía
De tu amante trovador.
A la vista amenazante
Del terrible sarraceno,
Mi corcel tascaba el freno
Relinchando con valor.
Corcel, alería, al combate;
Vuela, levanta la frente,
Quiero mostrarme valiente,
Soy amante de Leonor.
Y entre tanto, tú, perjura,
Vendida á tirano dueño,
Sonreías en tu sueño
Con tu pérfida pasión.
Vé, te esperan los altares,
En ellos nuevo dominio,

Tá si será el estermínio
De tu amante trovador.

La vibración dolorosa de esta última expresión de angustia, espiró entre los sollozos del trovador, como los clamores de la embarcación que naufraga entre las olas del mar iritado.

La conmoción que sufría Leonor no es para escrita: podría formar una ligera idea de ella quien la hubiera visto levantándose maquinalmente sobre las gradas del altar, la expresión atónita, el pelo caído sobre su espalda, y sucediéndose en su fisonomía los afectos de asombro, de regocijo y de ternura que combatían su alma.

Con las manos tendidas hacía adelante, los ojos desecados en aptitud de escuchar; los labios entreabiertos como para responder; así escuchó la trova, así la oyó morir entre los congojosos sollozos de Raul: no pudo contenerse; trémula, arrebatada, fuera de sí, quitó algunas flores del altar, las arrojó después de haberlas cubierto de besos, por una de las ventanas, y cayeron aun tibias por su aliento, sobre la lira del trovador, cuyas cuerdas se estremecieron ligeramente, advirtiendo de su felicidad al enamorado cantor.

Este fué el momento de unas esplicaciones y una correspondencia, que cobraba de día en día nuevos atractivos con los peligros, y con la proximidad misma de la boda.

Raul por su parte estaba en imposibilidad absoluta de descubrirse, porque perteneciendo á los señores rebelados del castillo de Monthléri, su familia entera era objeto de la implacable persecucion de *Luis el Grueso*, que acababa de compartir con su padre el mando del estado, y dando rienda á su carácter belicoso, reprimía con severidad extraordinaria, las revueltas que levantaban en contra del reino algunos audaces vasallos.

Por fin, aplazóse el día de la boda, prevínose con pompa regia, y la animacion del castillo anticipaba la solemnidad del festín.

Leonor estaba en una posicion verdaderamente crítica; por una parte temía que su resistencia despertase sospechas sobre el paradero de su amante, y entregarlo á manos de sus verdugos; por la otra no quedaba pretexto para una nueva demora, y por último, jamás había sentido con mayor vehemencia su pasión á Raul.

Este por su parte, fingiendo una resignacion de que distaba mucho, pidió á Leonor una última entrevista, el día de su boda, en que toda sospecha debería estar lejana, y que la religion ponía entre ambos una barrera eterna.

Vió la luz de un hermoso día el castillo del baron d'Arial enmedio de esos regocijos cortesanos y militares, galanes y austeros, con que

se celebraban las bodas de los caballeros en aquellos tiempos.

En la noche debían celebrarse las nupcias en la capilla, que estaba soberbiamente engalanada. Llegó el momento de la última entrevista.

En el salón del castillo se escuchaban los gritos de regocijo y las músicas festivas; en la plaza de armas, iluminada suntuosamente, veíanse los soldados, y la servidumbre bebiendo en medio del gusto y la algazara.

El baron complaciente, acordó gracias, derramó con profusión el oro, y llevaba á todas partes el gozo y la satisfacción.

Leonor conferenciaba con su hermana sobre la entrevista.

Fuera de la muralla del castillo del lado del parque, se veía en un dócil corcel de crin gubejada, cabeza descarnada, cuello anejo y ojos vivos y audaces, á un mancebo que esperaba con impaciencia, y fijaba la atención mas allá del muro, impaciente de que no lo dejase escuchar con claridad la corriente del río que chocado en los pies de su caballo, redoblaba el ruido.

La luna brillaba llena; algunas nubes negras volaban dispersas entre las estrellas rutilantes; sobre las almenas del castillo se percibía una franja de luz vivísima de su iluminación, que se perdía á poca distancia en el espacio bañado de una apacible claridad.

Por fin, el crujir de los vestidos de seda, se escucharon en el muro.

Fué una conversación de recuerdos, de convenciones, de juramentos sin encadenamiento, sin orden; pero tan apasionada, tan enérgica, tan llena de ternura intensa, de esa elocuencia íntima que el corazón comprende y no saben revelar los labios. Mil veces sobresaltada Gabriela por algún ruido, la interrumpe, y otras tantas recobraba su calor, su vehemencia, su idealidad angélica, su fuego inagotable.

La ausencia de la novia parecía dilatada en el castillo, los convidados reclamaron su presencia, el padre y el esposo fueron á su aposento á llamarla al altar, espieron por la cerradura, y no hallándola, fueron, sin decir la causa, á los lugares mas apartados del castillo; repentinamente suspéndese el regocijo, crece la inquietud, y todos se agolpan al parque en seguimiento del duque.

El ruido, la luz de las lachas, y la vista de la muchedumbre sorprende á Gabriela.

Raul esperaba ese instante; como si fuese una ave, con la delicadeza que se toma á un niño temiéndolo despertar, trasladó á su caballo á Leonor, que muda de asombro y de rubor, apenas pudo estender su mano á su hermana, y atravesando el río, partió con la velocidad del viento en el corcel inteligente y ávido.

Pero esta operación no pudo ser tan rápida que dejasen de notarla los que venían en su persecución, y el baron, trémulo por la afrenta que se le infería, pidió su caballo de batalla, requirió su acero, y seguido de algunos caballeros, fué en pos del insolente raptor.

La claridad de la noche, lo estenso y despejado del valle que circundaba el castillo, y la distraída atención del caballero por la preciosa carga que conducía, entorpecieron su marcha, de manera que á poco les dió alcance el baron.

El caballero saltó rápido de su corcel, que quedó inmóvil y manso como un cordero, guardando el delicado depósito, y afrontó la numerosa comitiva.

El baron contuvo á los que lo seguían, avanzó él solo, descendió de su caballo, y comenzó una lucha mortal.

El baron era robustísimo; pocos podrían competir con Raul en destreza; solo se oía la respiración entrecortada de los combatientes, y el choque de los aceros que se enlazaban como serpientes, vibraban á la claridad de la luna, y describían en el aire figuras rapidísimas.

El combate se prolongaba, el baron hizo un último esfuerzo, creyéndose aprovechar de un instante de distracción de su adversario; los espectadores lanzaron un grito de espanto; las dos puntas de las espadas brillaron en lo alto, los dos puños estaban unidos, los gabilanes trabados, y los combatientes devorándose con sus miradas de fuego.

En aquellos instantes, una nube lóbrega que envolvía á la luna se desprendió, dejándola brillar, y la luz reflejó sobre el puño de los aceros.

El baron se retiró sorprendido, había reconocido su acero dado á su libertador.

Raul no sabía á qué atribuir la suspensión súbita del combate.

El baron limpió el sudor que bañaba su frente, y después de un instante de vacilación, exclamó:

—Conducidlos al castillo.

La multitud se arrojó á los prófugos, y Raul fué conducido al lugar del interrumpido festín.

El baron mandó á la música que continuase, ordenó que los preparativos de la boda siguiesen, y se dirigió con todos á la capilla.

Cuando el sacerdote llamó á los novios al altar, el baron con un aire de magestad y dulzura extraordinaria, tomó á Raul de la mano y le dijo:

—Tomadla, es vuestra esposa.

Los circunstantes guardaron silencio; Leonor besa como insensata la frente de Raul.

—Yo tenía con vos una deuda: sois valiente, sois leal, y habeis combatido como guerrero diestro; y que á quien me dió la vida, le usur-



grabado de Clara N.º 8.

EL RAPTO.

para yo la dama, fuera villanía, y el baron d'Artales noble.

Entonces refirió las acciones de Raul, prometió su influjo para alejar de él el enojo del rey, y dió por terminadas sus hostilidades con el baron de Beauviers: las lágrimas de gratitud de los esposos contestaron al generoso baron.

Durante la ceremonia permaneció tranquilo; algunos dicen, que al pronunciar los novios el solemne sí, su vista se oscureció por un momento; pero esa lágrima nadie la vió correr por sus mejillas.—El Bibliotecario.

RECUERDOS ANTIGUOS (*).

ACONTECIMIENTOS Y OCURRENCIAS AGAECIDAS EN EL AÑO DE 1784: VIREINADO DE D. MATIAS DE GALVEZ.

ENERO.

Se apareció un cometa.
Hubo un temblor de tierra que duró ocho segundos.

Se publicó la real orden de 20 de Junio, que manda establecer un banco nacional.

Entró en esta capital el primer batallón del regimiento de Zamora.

Se presentó al alcalde mayor de Zayula en calidad de testigo, un hombre que tenía 130 años, y tan fuerte, que en menos de cuatro horas había venido á caballo desde Tecuatián, que dista 11 leguas del primer punto.

Se oyó en el pueblo de Teutilán un ruido subterráneo.

Se comenzó á publicar la Gaceta.

FEBRERO.

Se dedicó á la Virgen de Guadalupe una maceta del Lic. D. José Lopez Frias, que contenía una azucena con 92 flores.

Parió en Acapulco una muger llamada Leonarba Ruiz, cuatro criaturas á un tiempo, de las cuales tres murieron á las dos horas, y la otra hasta los tres días.

Hizo su entrada pública en la capital, el Esceno, Sr. virey D. Matias de Galvez. Se pusieron arcos triunfales en la garita y calles, y en la noche se quemó en la plaza un castillo de extraordinaria magnitud, que duró mas de dos horas.

Caivano los cimientos del convento de Capuchinas de Ntra. Sra. de Guadalupe, se encontró, á cuatro varas de profundidad, la osamenta de un elefante.

Falleció en el hospital de San Cosme un enano de una vara de alto, y que contaba 96 años de edad.

Cruzó por la ciudad, de Sur á Norte, un meteorito, que alumbró como la luna llena.

(*) Bajo este epigrafe publicaremos algunos artículos, que acaso parecerán curiosos á nuestros suscritores.

Falleció en el convento de Santo Domingo Fr. Agustín del Aguila, de edad de cien años: fué cura cincuenta años, y era hombre muy inteligente en el idioma zapotecó.

MARZO.

Llegó la real orden de 25 de Diciembre del año anterior, en que el rey aprobó el establecimiento de la Academia de las tres nobles artes.

Se celebró la junta de los vocales de la academia, y quedó nombrado consiliador el fiscal de real hacienda D. Ramon Posada.

Se tuvo noticia de un ciego de Oajaca que tenía seis dedos en cada mano, é igual número en cada pié.

Huyendo un mozo de la justicia que lo perseguía, se ocultó en las inmediaciones del pueblo de Teul. Al día siguiente, los que lo perseguían, encontraron en aquel sitio cinco lobos muertos á estocadas, la osamenta de un hombre dividido, y un sable reducido á pedazos; por lo que se infiere que el fugitivo luchó largo tiempo con una manada de estas fieras.

A las ocho y tres cuartos de la noche, se sintió un fuerte terremoto que duró dos minutos.

ABRIL.

Hicieron los apaches una terrible incursión hasta las cercanías de Monclova. Saló á perseguirlos hasta el Bolson de Mapimi, el teniente coronel D. Pedro Fueros.

Se propagó la epidemia del dolor de costado no solo en México, sino en Pachuca, Guadalupe y otros lugares.

Se tuvo noticia de que el volcán de Colima, que hace catorce años arrojó cenizas que llegaron á una distancia de mas de cuarenta leguas, echaba mucho humo y piedras de enorme tamaño.

MAYO.

Hubo un incendio en el pueblo de Jamiltepec. Se quemaron sesenta casas, y perecieron una muger y un niño.

Se concluyó un puente en el camino de Orizava.

JUNIO.

Se descubrió en el camino de Cosalá á Durango, un cerro sobre el cual había una pared lisa y blanca. En lo alto de la pared estaban tres cruces, y á los lados dos candeleros, todo de piedra, que se cree sea una formación natural. Por esta causa se le puso á este sitio: Los altares.

Cayó en Parras una fuerte granizada que destruyó las viñas. Algunos granizos pesaban mas de dos onzas.

El alcalde del crimen, D. Juan Francisco Anda, publicó la residencia del virey D. Martin de Mayorga.

JULIO.

Se incendió la fábrica de pólvora de Tlalpujahua, y perecieron cinco personas.

AGOSTO.

Cayó en Sierra de Pinos una culebra de agua que inundó la cañada. Once personas se ahogaron.

SEPTIEMBRE.

Se celebró en México la beatificación de la venerable sierva de Dios María Ana de Jesus, religiosa profesá del tercer orden de la Merced.

Se encontraron en la Sierra Blanca (jurisdicción de Chihuahua), varias bolas de fierro virgen, algunas con peso de 30 quintales.

Se celebró la dedicación de la catedral de México.

OCTUBRE.

No ocurrió nada de particular.

NOVIEMBRE.

Se descubrió que podía hacerse del cardón (vulgarmente conocido por órgano), un bálsamo eficazísimo para curar el cáncer.

Se incendió la fábrica de pólvora de Chapultepec, perecieron 47 operarios, 14 fueron heridos de gravedad.

Se enfermó gravemente el virey. Se dispuso que se hiciesen rogativas públicas. Entró á gobernar la audiencia.

DICIEMBRE.

Publicó el padre jesuita Francisco Javier Lazcano, un libro titulado: "Milagroso origen de Ntra. Sra. de Guadalupe."

AÑO DE 1785.

ENERO.

En todo el año anterior, se acuñaron en la casa de moneda de México 21 millones 37 mil 374 pesos.

Se tuvo noticia de una muger llamada Dolores Soto, que tiene cuatro pechos, todos igualmente organizados. Un par de ellos está en el lugar natural, y el otro par cerca de las arcas. Con los cuatro da de mamar á sus hijos.

Se comenzó á construir el local para el juego de pelota de Zacatecas.

FEBRERO.

En el pueblo de Usumasen, obispado de Durango, se han descubiertos veinte y dos minas, todas de ricos metales. Junto á la boca de una de estas minas, está un crestón que tiene como quince varas de alto, cuyos metales son de oro y plata.

Se encontró en el rancho de la Noria, un becerro con seis piés y dos colas, y duplicados los órganos de la generacion.

MARZO.

Se estrenó en San Hipólito una hermosa fuente de seis varas de diámetro.

Se concluyó la construcción del cuartel de dragones, y lo bendijo el Br. D. Agustín de Mora.

ABRIL.

Trajo de Papanla un teniente del regimiento de Zamora, un pedazo de palo llamado *chijol*, que enterrado en el suelo durante algunos años se convierte en perdnal.

MAYO.

Se experimentó en Huejuán un huracán tan terrible, que arrancó de raíz los árboles mas corpulentos, y tiró varias casas. Este huracán vino acompañado de lluvias y truenos y un granizo tan grande, que algunos eran del tamaño de una naranja.

Cayó un rayo en Guadalupe en el convento de Santo Domingo, que cuartó la torre, tiró las vidrieras del tabernáculo é incendió un cuarto.

Celebró el tribunal de la Inquisición su auto de fé. Sacó diez y seis reos, á saber: siete hombres y tres mugeres por casados dos veces: una muger por autora del crimen de poligamia con su hija: un hombre por pacto con el Diabolo: cuatro por blasfemos, y uno por herege ateista.

JUNIO.

D. José Antonio Rangel construyó un reloj de torre, para la Catedral de Nuevo-León.

JULIO.

Un guarda del tabaco llamado Diego Ruiz, descubrió en el cerro del Tajín [cerro del rago], cerca de Papanla, unas magníficas ruinas.

Un sugeto curioso formó una lista de los coches que existen en México, y son 637, incluyéndose los de alquiler.

Se estrenó la calzada de tierra de Nuestra Señora de Guadalupe, que se construyó en menos de un mes.

AGOSTO.

Se espuso en el altar mayor al lado del evangelio, la imagen de Nuestra Señora de la Asunción, que es toda de oro, y se estrenó el año de 1610, en que se dejó ver en la region del aire sobre la Iglesia Catedral una hermosísima y resplandeciente palma, que parecía de plata, y al pié de ella en el tronco, una media luna que le servía de peana.

Entró en México el teniente coronel D. Manuel Flon, y su esposa Doña Mariana Maxan, hermana de la muger del virey. Este, y la viéna salieron á recibirlos.

Se estrenó una custodia en la Iglesia de Nues-